

y su familia le ha hecho mártir. Yo le quiero. Seremos amigos.

D. PÍO, con emoción.

Señor, usía me honra demasiado.

NELL, con lástima.

¿Y por qué es mártir D. Pío?

DOLLY

¿No tiene muchas hijas?

EL CONDE

Pero no son buenas, como vosotras.

NELL

¡Ay, pobrecito, cuánto padecerá!

DOLLY, compadecida.

Ya no volveremos á hacerle rabiar.

EL CONDE, notando, por los hondos suspiros que exhala Coronado, su disgusto de aquella conversación.

No se hable más de eso. Y ahora que nos hemos encontrado y no necesita usted estar al cuidado de las señoritas, puede irse á descansar, Sr. Coronado.

D. PÍO, tímidamente.

Señor Conde, yo no puedo dejar á las señoritas, porque el Sr. Venancio me encargó mucho que no les consintiera separarse de mí; que con ellas salía y con ellas tenía que volver á casa.

EL CONDE, picado.

Ya que no es usted su maestro, porque ellas no aprenden, le mandan á usted que sea su pastor. Pues para pastorear este rebaño, me basto y me sobro, Sr. Coronado.

D. PÍO

No se incomode, señor. Yo no hago más que cumplir las órdenes de Venancio.

EL CONDE, dominando su ira por hallarse frente á un ser débil é inofensivo.

¿Y mis órdenes no significan nada para usted? Ese bestia mandará en su casa, pero no en mi familia.

NELL, asustada.

Abuelito, por amor de Dios, no te incomodes.

DOLLY

¡Si D. Pío se va!... ¿Qué tiene que hacer más que lo que tú le mandes?

EL CONDE

Ya ves como no lo hace, y me obligará á decirlo segunda vez, cuando estoy acostumbrado á que á la primera se me obedezca.

NELL

Váyase, D. Pío... Piíto, lárgate.

D. PÍO, levantándose perezoso.

Señor Conde, yo creí...

EL CONDE, impaciente, sin poder contenerse.
Pronto... Retírese usted.

D. PÍO, tocando las castañuelas.

Me retiro, puesto que lo manda usía con tanto imperio... Y si me riñen allá, que me riñan... Lo que yo digo: es malo ser bueno.

(Saluda y se aleja.)

ESCENA VIII

EL CONDE, NELL, DOLLY

NELL

Ya estamos solitos los tres.

DOLLY

¡Qué gusto!

EL CONDE

Los dos, digo, los tres, porque vosotras, ¡ay! sois dos, aunque á mí me parezáis una.

NELL

¡Que parecemos una!

EL CONDE

Lo he dicho al revés: sois una, aunque parezáis dos... No está bien hoy mi cabeza... Quiero decir que en vosotras hay algo que sobra.

DOLLY

¿Algo que sobra? Ahora lo entiendo menos.

NELL, con agudeza.

Quiere decir el abuelo que en nosotras, en las dos, no en una sola, hay lo malo y lo bueno.

DOLLY

Y lo malo es lo que sobra.

EL CONDE

Y debe quitarse, arrojarse fuera.

NELL

Ó será que una de nosotras es mala, y la otra buena. (Míranle atentas al rostro.)

EL CONDE

Quizás...

NELL, generosa.

En ese caso, la mala soy yo y la buena Dolly.

DOLLY, correspondiendo.

No, no: la mala soy yo, que siempre estoy haciendo diabluras.

EL CONDE, atormentado de una idea.

Chiquillas, acercaos más á mí; aproximad vuestros rostros para que os vea bien. (Se ponen una á cada lado, y él las abraza. Las tres cabezas resultan casi juntas.) Así, así... (Mirándolas fijamente y con profunda atención.) No veo, no veo bien... (Con des-

aliento.) Esta condenada vista se me va, se me escapa cuando más la necesito... Y por más que os miro, no hallo diferencia en vuestros semblantes.

NELL

Dicen que nos parecemos. Pero Dolly es un poquito más morena que yo, menos blanca.

EL CONDE, con gran interés.

¿Y el cabello, lo tenéis negro las dos, muy negro, muy negro?

DOLLY

Sí, *estrepitosamente* negro. El pelo castaño de mamá es más bonito.

EL CONDE

¡Qué ha de ser!

DOLLY

Otra diferencia tenemos. Mi nariz es un poquitín más gruesa.

NELL

Y mi boca más chica que la tuya.

EL CONDE

¿Y los dientes?

NELL

Las dos los tenemos preciosos; no es por alabarnos.

DOLLY

Pero yo tengo este colmillo un poquito encaramado... así, como retorcido. Toca, abuelito. (Llevándose á la boca el dedo del Conde.)

EL CONDE

Es verdad... colmillo retorcido.

NELL

Otra diferencia tengo yo: un lunar en este hombro.

DOLLY

Yo tengo dos más abajo, así de grandes.

EL CONDE, preocupado.

¿Dos?

DOLLY

Sí, señor: dos que parecen tres.

EL CONDE, soltándolas de sus brazos.

Vuestros ojos, cuando los examino con mi corta vista, me parecen igualmente bellos. Nell, hazme el favor de mirar bien el color de los ojos de tu hermana... Y tú, Dolly, fijate bien en los de Nell. Decidme el color... justo.

NELL

Los ojos de Dolly son negros.

DOLLY

Los de Nell son negros; pero los míos son más.

EL CONDE, con interés ansioso.

¿Más? ¿Los tuyos, Dolly, tienen acaso un viso verde?

NELL

Me parece que sí... entre verde y azul.

DOLLY, mirando de cerca los ojos de su hermana.

Lo que tienen los tuyos es rayitas doradas... Sí, sí, y también algo de verde.

EL CONDE

Pero son negros. Los de vuestro papá, mi querido hijo, negros eran como el ala del cuervo.

NELL

Era guapísimo papá.

EL CONDE, suspirando.

¿Os acordáis de él?

DOLLY

¡Pues no hemos de acordarnos!

NELL

¡Pobrecito, cuánto nos quería!

DOLLY

Nos adoraba.

EL CONDE

¿Cuándo le visteis por última vez?

NELL

Hace... creo que dos años, cuando se fué á París. Entonces nos sacaron del colegio.

EL CONDE, vivamente.

¿Se despidió de vosotras?

DOLLY

Sí, sí. Dijo que volvía pronto, y no volvió más. Después fué á Valencia.

NELL

Mamá salió también para París, pero se quedó en Barcelona. No nos llevó.

DOLLY

Al volver á Madrid estaba muy disgustada, sin duda por la ausencia de papá.

EL CONDE

¿Y en qué le conocíais su disgusto?

NELL

En que se aburría, y estaba siempre en la calle. Nosotras comíamos solas.

EL CONDE

¿Y en esa época os trajeron aquí?

DOLLY

Sí, señor.

EL CONDE, con dulzura.

Decidme otra cosa. ¿Queríais mucho á vuestro papá?

NELL

Muchísimo.

EL CONDE

Me figuro que una de vosotras le quería menos que la otra.

LAS DOS, protestando.

No, no, no... Las dos igual.

EL CONDE, después de una pausa, clavando en ellas sus ojos, que poco ven.

¿Y creéis que él quería lo mismo á entrambas?

DOLLY

Á las dos lo mismo.

EL CONDE

¿Estáis bien seguras?

NELL

Segurísimas. Desde París nos escribía cartitas.

EL CONDE

¿Á cada una por separado?

DOLLY

No; á las dos en un solo papel, y nos decía: «Florecitas de mi alma, únicas estrellas de mi cielo...» Pero de Valencia no nos escribió nunca.

NELL

Ninguna carta recibimos de Valencia. Nosotras le escribíamos, y él no nos contestaba. (Larga pausa. El Conde apoya la frente en sus manos, con las cuales empuña el palo; y permanece un rato en profunda meditación.)

DOLLY

Abuelito, ¿te has dormido?

EL CONDE. (Suspirando, alza la cabeza y se frota los ojos.)

¿Queréis que andemos un poquito?

NELL

Sí. (Se ponen las dos en pie, le dan la mano, y le ayudan á levantarse.)

DOLLY

¿Á dónde quieres que vayamos?

EL CONDE, indiferente.

Guiad vosotras.

DOLLY

Iremos hacia el Calvario y la gruta de Santorojo.

NELL

No nos alejaremos mucho.

EL CONDE

Nos alejaremos todo lo que queramos, y volveremos cuando nos dé la gana... Parece que sopla viento de turbonada... ¿Qué? ¿Se ha nublado el sol?

DOLLY

Si, y de aquel lado vienen nubes gruesas. Lloverá.

EL CONDE

Si llueve, que llueva, y si nos mojamos, que nos mojemos.

DOLLY

¿Quieres que te demos el brazo?

EL CONDE

No, chiquillas, no quiero aprisionaros. Corred solas y con libertad... Ya estamos en sendero franco, y pisamos la finísima alfombra del bosque sombrío.

NELL, á Dolly.

¿Á que no me coges? (Se alejan corriendo.)

EL CONDE, hablando solo, desalentado.

Las facciones nada me dicen... (Animándose.) Hablarán los caracteres... Ya se clarean, ya. Nell pareceme más grave, más reposada; Dolly más frívola y traviesa... Pero noto que cambian, permutan las cualidades de una y otra, de modo que aquélla parece ésta, y ésta, aquélla. Observemos mejor. (Las niñas juegan á cuál corre más.)

DOLLY, que vuelve triunfante, casi sin respiración.

No me has cogido, no.

NELL, jadeante también.

Que si... Corro yo más que tú.

DOLLY

Nunca.

NELL

Ayer te gané.

DOLLY

Mentira.

NELL

Yo digo la verdad.

DOLLY. (Picadas las dos.)

Ahora no... Es que eres tú muy orgullosa.

NELL

Abuelo, me ha dicho que miento.

EL CONDE

Y tú no mientes nunca; no está en tu natural la mentira.

DOLLY

Ella me dijo ayer á mí... embustera.

EL CONDE

¿Y qué hiciste?

DOLLY

Echarme á reir.

NELL

Pues yo no consiento que me digan que miento. (Lloriquea.)

EL CONDE

¿Lloras, Nell?

DOLLY, riendo.

Tonterías, abuelo.

NELL

Soy muy delicada. Mi dignidad por la menor cosa se ofende.

EL CONDE

¡Tu dignidad!

DOLLY

Lo que tiene es envidia.

EL CONDE

¿De qué?

DOLLY, con travesura jovial.

De que todos me quieren más á mi.

NELL

Yo no soy envidiosa.

EL CONDE

Vaya, Nell, no llores, pues no hay motivo para tanto. Y tú, Dolly, no te rías. ¿No ves que la has ofendido?

NELL

Siempre es así. Todo lo toma á risa.

EL CONDE, para sí.

Nell tiene dignidad. Esta es la buena. (A Dolly, con un poquito de severidad.) Dolly, te he mandado que no te rías.

DOLLY

Es que me hace gracia.

EL CONDE, á Nell, acariciándola.

Tú eres noble, Nell. En ti se revela la sangre, la raza... Vaya, haced las paces.

NELL

No quiero.

DOLLY

Ni yo...

EL CONDE

Esa risita, Dolly, es un poquito ordinaria.

DOLLY, poniéndose seria.

Bueno. (Súbitamente se lanza á la carrera.)

EL CONDE, á Nell.

Estoy algo cansado. Dame el brazo.

NELL

Dolly está sentida... Le has dicho ordinaria, y esto le llega al alma. ¡Pobrecilla!

EL CONDE

Dime, hija mía, ¿has notado otra vez en Dolly estos arranques...?

NELL

¿De qué?

EL CONDE

De naturaleza ordinaria.

NELL

No, papá... ¡Qué cosas tienes! Dolly no es ordinaria. Creo que se lo has dicho en broma. Dolly es muy buena.

EL CONDE

¿La quieres?

NELL

Muchísimo.

EL CONDE

¿Y no estás incomodada con ella porque te dijo que mentías?

NELL

Yo no... Cosas de nosotras. Reñimos, y en seguida hacemos las paces. Dolly es un ángel: le falta sentar un poquito la cabeza. Yo la quiero; nos queremos... ¡Ya tengo unas ganas de abrazarla y decirle que me perdone!

EL CONDE, con júbilo.†

¡Otro rasgo de nobleza! Nell, tú eres noble. Ven á mí... (La abraza.) Y esa loca, ¿dónde está?

NELL

Ya viene.

DOLLY, volviendo como una exhalación.

Abuelito, llueve. Me ha caído una gota de agua en la nariz.

NELL, deseando coyuntura para hacer las paces.

Y á mí dos.

DOLLY

Papá, ¿quieres que nos metamos en la gruta de Santorojo? Has hecho mal en no traer paraguas.

EL CONDE

Es un chisme que no he usado nunca.

DOLLY

¡Ya... acostumbrado á andar siempre en coche! Pero ahora no tienes más remedio que andar á patita, como nosotras.

EL CONDE, para sí.

Se burla de mí... ¡Qué innoble!

NELL

¡Ay, qué gotas tan gordas!

DOLLY

¡Menudo chaparrón nos viene encima!... Abuelito, ¿quieres que vaya á casa en cuatro brinco, y te traiga un capote de agua?

EL CONDE

No. (Para sí.) Ahora quiere desenojarme con sus zalamerías.

NELL

Nos meteremos en la gruta. Oiremos el eco.
(Dirigense por un sendero áspero entre peñas y zarzales.)

DOLLY

Por aquí. Yo iré delante, apartando las zarzas para que el abuelo no se pinche... ¡Ay, ay, qué pinchazo me he dado! (Chupándose la herida.)

EL CONDE

¿Te has hecho sangre?... Ya ves: por traviesa, por correntona.

DOLLY

Si ha sido por abrirte camino, para que no te hicieras daño. ¡Así me lo agradeces!

EL CONDE

Si que te lo agradezco, tontuela.

NELL, que soltando el brazo del anciano, y recogándose el vestido para no engancharse, se adelanta.

Dolly, da el brazo á papaito, y tráele con cuidado.

EL CONDE, dejándose guiar por Dolly, que continúa chupándose el dedito lastimado.

Chiquilla, ¿de veras te has hecho sangre?

DOLLY

Poca cosa. La he derramado por ti. Derramaría más: toda la que tengo.

EL CONDE, parándose.

¿De veras?

DOLLY

¡Oh, sí!... Pruébalo... ¡Si pudiera probarse...!

EL CONDE

¿Tanto me amas?

DOLLY

Más de lo que crees.

EL CONDE

¿Me querrás más que tu hermana?

DOLLY

No, más no. Ofendería á Nell si dijera que ella te quiere menos que yo. Las dos somos tus nietas, y te queremos lo mismo.

EL CONDE, para sí.

Pues esto es nobleza... y de la fina. ¿Resultará ésta la legítima y la otra la falsa?... ¡Dios mío, luz, luz! (Alto.) ¿Dónde está Nell?

DOLLY

Ha dado un rodeo para no engancharse el vestido. Sabe sortear las púas.

EL CONDE

¿Y tú?

DOLLY

¿Yo? Tengo la piel mechada y endurecida de tanto aguijonazo, y una encarnadura que no me la merezco. Mi hermana es más delicada que yo. Por eso, cuando me has llamado ordinaria, dije para mí que tenías razón.

EL CONDE, para sí, aturdido, sin saber qué pensar.

Razón... verdad... duda... problema.

NELL, desde lejos, mirando hacia atrás.

Dolly, ¿por qué nos has traído por esta vereda? Es la peor.

DOLLY

¿Qué sabes tú...? Sigue, sigue, que á la vuelta tienes la entrada de la gruta.

EL CONDE

Llueve... Vamos á prisa.

NELL, encontrando el paso fácil hacia la gruta.

Que os mojáis... Yo estoy en salvo ya.

EL CONDE, para sí.

Paréceme Nell un poco egoísta... ¡Qué horrible duda, Señor! ¡Si resultará que Dolly es la buena! (Aitó.) ¿Llegamos por fin?

DOLLY

Abuelo, por aquí... cuidado... Otro escaloncito, otro... (Llueve copiosamente.)

NELL, guarecida en la boca de la cueva.

Os habéis mojado; yo no.

Gruta de Santorojo.

Cavidad ancha y profunda en la fragorosa peña. Festonean su boca parietarias viciosas, raíces de árboles cercanos, helechos y plantas mil de variado follaje. El interior se compone de masas cretáceas de variado color, con formas de una arquitectura de pesadilla. Las concreciones de la bóveda son como un sueño de bizarras magnificencias, labradas en cristal, azúcar y estearina.

EL CONDE, sentándose en una piedra.

¡Cuántas veces, niño, me he refugiado, como ahora, en esta soberbia estancia natural de Santorojo!

NELL

¿Y es cierto que aquí vivió y murió un ermitaño llamado Toronjillo que hacía milagros?

EL CONDE

Es tradición que viene labrando en la mente popular desde el siglo XIII. Ejecutorias de la casa de Lain mencionan al santo Toronjillo, que desde este balcón amansaba las olas furibundas con un gesto... Aquí abajo, al pie de la pendiente llena de malezas, bate la mar.